

Palabras para Julia

Juan José Cabedo Torres

Abril de 2008

Esta obra se distribuye bajo la licencia Creative Commons Attribution-NonDerivs-NonCommercial. Para ver una copia de la licencia, visite <http://creativecommons.org/licenses/by-nd-nc/1.0> o envíe una carta a Creative Commons, 559 Hathan Way, Stanford, California 94350, USA

*Y siempre siempre acuérdate
de lo que un día yo escribí
pensando en ti, pensando en ti,
como ahora pienso.
(José Agustín Goytisolo, "Palabras para Julia")*

Desde Cuba, *mi amor*.

La savia hierve en el corazón de la rosa
como una sangre dulce que goteara del cielo.
Mis dedos extienden sus venas
hasta el contorno de tu piel donde arde
en conjunción de estrellas,
el cielo azul del verano,
las alas finísimas del viento
y esa luz silenciosa que deja la tarde
al arrastrar tras de sí las sombras.

Tiene mi alma laberintos, cursos de agua
y una laguna llena de reflejos
que vibra entre los árboles
como el destello de un ojo dorado
que me mirara por dentro.
Tiene mi cuerpo nubes, y una cima nevada
donde Dios recuesta el hombro
a un tiro de piedra de mis anhelos.
Hay en mi mano un deseo puro, casi líquido
y un cuenco de musgo para tu espalda
que se me posa en los huesos
como los dedos alargados del ocaso.

Cuando te asoma el corazón a la mirada
creces en mi pecho como maíz nocturno,
como el viento que mece la luna
y la afila en el borde del cerro.
Luego te vas y la noche se tiende en la aurora
para que tu sombra germine en mis yemas
como la raíz pura de un sueño.

Son los cuerpos ventanas al mundo
y un hueco de luz donde palpita la savia.
Son las frentes tiernos cristales de hiedra
y un hueso transparente anegado de peces.
Son los brazos un anhelo impreciso
que me lleva a ti en los labios del aire.

El cielo de la mañana es azul, cruel, casi blanco,
como el brillo de una hoja,
como una nervadura que extiende los brazos
hacia el alga que se abraza a la arena
y gime su desconsuelo de herida redonda.

El asombro de la belleza
está en una hoja cayendo
o en ese delicado tacto
con que el sol ilumina
la curva de una rama.
El enigma del amor,
quizás también el de la muerte,
está en el latido
de la delgada piel de los labios
cuando mi cuerpo se cierra
como un párpado abierto
sobre el misterio silencioso de tu cuerpo.

Tienen las almas bordes carnosos y tiernos
y un reguero de caricias
que entrelaza las sangres.
Tienen los cuerpos dos venas vegetales
y un barbecho inmenso
donde crecen raíces de luz y de silencio.
Vibran los surcos en la noche,
se tensa la llanura bajo un sol tan violento
como un deseo insatisfecho.

Es mi corazón un diminuto agujero
donde rebosa todo el amor del mundo.
Es mi alma un esqueleto sin peso
que se esponja de espuma marina
cuando abro los poros, me siento y te espero.

Hay siluetas que encajan fácilmente
en el contorno de sombra que dibujan las hojas;
hay siluetas que remueven los límites
al ritmo de los besos sin eco.
Hay quien cree que ha atrapado en las pestañas
el misterio del sol de la tarde
y quien encierra en el pecho
el tenue murmullo de las pieles
donde se prolonga el silencio.

La vida no tiene rejas
ni hay cárceles que encierren
los labios azules de la primavera
ni la angustia recién estrenada de un niño.

Para crecer hacia el cielo
necesito un pecho de tierra
y una piel que se abra como surco
en el vientre de los árboles.
Para crecer hacia los otros como espiga de trigo
alargo los dedos blancos de luna
y desprendo la estrella donde se recuesta
el torso de los ríos.
Para llegar a ti entreabro el oído
como un fino párpado
y escucho el ruido de la hierba,
la sonrisa misteriosa del aire
y tus pasos silencioso en la grama.

Vivir es sentir que la mano que crece en el pecho
es la misma que te empuja
hacia la linde de los jardines ajenos.
Más allá de la cima sólo hay espacio,
pero tú sigues ascendiendo por caminos ingrátidos.
Quizás buscas en los peldaños del aire
que te crezcan velas en la espalda
y remos en los costados
para navegar eternamente
entre las islas de los archipiélagos negros.

Si camino descalzo
es para sentir en las plantas
el amor de la tierra.
Si me abrazo a los árboles
es para sentir en las sienas
cómo late la savia.
Si me recuesto en tu vientre
es para sentir en la lengua
una dulce marea de lunas y de astros.

La fuerza que impulsa el amanecer
regresa agotada a la noche
como la baba que resbala
de los labios de un niño.
La fuerza que impulsa la vida
dibuja en mi mano
la imagen transparente
de tu cuerpo lejano.

El tiempo adelgaza la noche
que se posa en mis ojos ciegos
para el misterio.
Sé pocas cosas. Sé, por ejemplo,
que el límite de un cuerpo es otro cuerpo,
que el límite del alma es el cielo
cuando se ilumina de inmenso.
Hay verdades profundas como la sed de un árbol
y sombras infinitas con vocación de espacio.
Yo, por si acaso
conservo en el hombro la huella de tu mano
y un deseo muy concreto de piel en mis labios.

Deseo lo que no tengo
y espero lo que sueño.
La vida siempre abarca
un deseo insatisfecho
que se tensa en mis cejas
con la disciplina de un cerezo.

Vivir es pisar un umbral muy secreto
y enredarse en la telaraña de luz que irradia el aire
por el que han volado pájaros.
Soñar es dejar que la arena tiznada de noche
resbale entre los dedos,
y una forma peculiar de mirar las ventanas.
Amar es sentir que se agrieta la piel,
que el alma se abre como fruta madura,
que la tiza dibuja tu silueta en el muro.
Amarte es contemplar
cómo te late en los ojos el perfil de la tarde
y sentir que cuando miras
la vida es noble y salvaje.

Me recuesto en tu espalda
para fluir en tus venas como la sangre de un sauce;
me abrazo a tu talle
para cimbrearme en la cintura
como un trigo muy limpio;
abro tus labios con mi lengua
para escuchar en tu costado
el canto secreto de la hierba.

Tus ojos reflejan en invierno
la luz de mayo.
¿Será que tienen conexión directa
con un horizonte muy lejano?

Caigo cada noche en la cama como fruta madura
y cada noche mi cuerpo se orienta
en la dirección de los sueños.
Recorro la tierra como si volara,
como si ya no estuviera en sus aceras,
y camino al compás de una música
que solamente yo escucho.
Cuando se levanta el viento
y los almendros te rozan el alma
yo oigo su canto invisible
con la oreja de mi pecho.
Más allá de la cima sólo hay una llama
y un aire que se curva
en un hueco infinito.
Lo sé porque he estado allí
algunas mañanas puras de febrero.

El sol entra en la fruta como luz estremecida
y allí anida.

Tú entras en mí como dulce palpito

Y te haces rumor de caracola celeste.

No hay discordia en la mirada donde brilla

todo el dulce asombro de una niña pálida,

no hay tiempo en el corazón, ni cicatrices en el alma,

no hay edad en el amor, que siempre brota

como el intenso fulgor de la infancia.

Me sobra espalda para la noche,
y dedos que acaricien el dorso del cráneo.
Me falta pecho para la luz del alba
y una piel más extensa que contenga
la geometría de los planetas
y el ruido al crecer del centeno.
Tengo un corazón rebosante de ramas
y una sangre que brota de las aurículas
como un manantial muy cálido.
El viento orienta mis sueños de mares
donde el mar acaricia los guijarros.
Silencio. El amor avanza lentamente
como una mancha de sol que sube la escalera
y alcanza mis plantas.

El amor es la geometría perpendicular de las almas
y esa cabellera verde que crece en la mano
cuando se enredan las miradas.

Quiero morir de inmensidad y no de tiempo,
como el árbol que bebe del cielo con el labio de arriba
y ahonda en la tierra con el otro labio.
Quiero morir con la vida en la cintura,
pleno de savia hasta el sombrero
y que el polvo de todos los caminos
flamee en mi tobillo como una despedida.
Quiero morir como he vivido:
en un limpio presente donde sólo importa
la luna en los hombros,
el sol en la cara,
y un viento amarillo de espejos en la espalda.

Algunas tardes
el aire se remonta en cielo al que se abrazan
los rebaños de nubes
y la discordia de lobos que deja al deslizarse
el sol entre los pinos.
La noche mide la altura de los astros
y marca las fases de las minúsculas lunas.
En mis ojos el firmamento se hace
un mar inmenso donde navegan
los sueños de animales
y esos barcos que devoran un único alimento,
como peces voraces.

Algunas miradas son táctiles
y penetran entre las costillas
como finos tentáculos de sepia.
Allí encuentran mi corazón,
despeinado al viento de unos labios
que sueñan con el cauce de los ríos.
A veces, cuando charlamos,
cruza tus ojos la esquirla candente de un recuerdo.
Entonces te miro y me pregunto
cuál será la magnitud de la herida,
quién hurtó el amor de tu rostro,
en qué pliegue de tu alma yace dormida
la pasión que conecta
la sombra que te baila en la cara,
el pulso en las sienes de la piedra
y esa violenta caricia que queda
en lo cuerpos que se aman.

Amarte es amar mi propia imagen,
acariciar con la mirada
a esa niña que juega en tus patios interiores
y que tanto se parece
al niño que asoma a mis ojos.
Amarte es rezar y buscar la llave dorada
de un corazón alicatado de miedo,
hacerte una cenefa de besos
y recorrer a latidos el camino
que desciende a tu centro.
Amarte es besarme en tus labios,
reconciliarte conmigo,
comprobar una vez más que tus huesos
son el reflejo invertido de mis huesos.

Ven, trae de la mano tu cuerpo y siéntalo
a un cuerpo de distancia de mi cuerpo.
Háblame después de cómo crujen los arcos
sobre la ceja cruel de los montes,
cuéntame por dónde se te escapó la vida
y te dejó en el rostro
un reflejo de torbellinos
y esa dureza mineral que sólo he visto
en los troncos de los olivos.
Ven, siéntate en el lado izquierdo de la vida
y luego en el derecho.
Reposa tu cabeza en la hierba
y abre las sienes
a los dedos vegetales de los castaños.
Ven, descansa en el hueco de mi sombra
y aspira la fragancia
del aire encendido de estrellas.
Ven y cuéntame.

Cuando tras un día de viento y jazmines
recuesto la cabeza en la almohada,
cierro los párpados sobre las hojas de un libro
y me duermo mano a mano con mis sueños.
Mientras tanto
una sombra muy sutil y delgada
se desliza bajo la puerta
como una hoja de papel timbrado.
El colchón guarda entre los muelles
la forma fidedigna de mis huesos
y bajo la cama los zapatos alientan
un anhelo de turbios vericuetos.
Yo me doy la vuelta y murmuro:
“Puede que fuera miércoles”.
Luego me pregunto
con el lenguaje invertido de los sueños
si habrá suela para tanta vida,
si alguna vez descansarán los dedos.
Yo, por si acaso no me queda mucho tiempo,
respiro el amor en los poros
y cuando espiro libero el corazón,
lo animo a que escape del pecho y fluya hacia ti
como un río de arena que abrazara
el lindero del bosque.

Tengo venas navegables
y una luna otomana en el cráneo;
tengo montes
que son dedos poderosos,
valles como un martillo de agua
y un desierto muy preciso
de víboras y alacranes.
A veces me siento brizna
hecha a medias de brisa y de llanto;
otras veces soy una rama de sauce
movida por un viento malo.
En los árboles de noche
cuelgan los gritos no pronunciados.
Entre tanta algarabía de cinceles
es difícil precisar
cuándo se me puso el corazón cano.

Quisiera que me prestaras
la luz que te envuelve
y el aire que circula entre tus dedos.
Quisiera besar
la cicatriz de tus alas
abierta en la espalda
como un párpado verde.
El polvo de la memoria
desciende como una hoja
y se incrusta en las ventanas.
Quisiera trepar como raíz hasta tus labios
y vivir en ellos como aliento,
como palabra de amor,
como un hilo de voz
acuosa y delgada.

El mar se divide en bocas y senos,
y en un sexo donde crece
el árbol de algas
que se mece en las venas de la espuma.
Es dentro del granito
donde ruge la tormenta
de la que germinó la tierra.
No hay semillas ni larvas en mis dedos,
sólo un sueño de agua
y la intuición precisa
de las huellas de tus pies en la playa.

Las olas se levantan
inmensas como una espalda,
como los labios de piedra
donde mi mano busca
el corazón de la tierra.

Hay sentimientos con corazón de almendra
y siluetas invisibles como la sal de las olas.
El cielo desciende con sus dedos de aire
sobre los pechos desnudos
y entrelaza los huesos descabalados.
No hay espacio entre las manos
ni límite para las pieles que se aman.
Cuando descalzas el alma
y me abrazan tus labios,
cuando me besan tus brazos
y me enredo en tu pelo
se cierne sobre mí,
como un inmenso párpado
la luz que sube de la tierra y engendra la fruta,
la misma luz que irradian las mañanas de verano.

Siento tu cuerpo tibio como un estero,
como el perfil de un árbol manchado de aurora,
como el rumor de desembocadura
en el aire vertical de la noche.
Algunas estrellas se curvan como un río
y recuestan su cabellera en la cordillera lejana.
El tiempo se ondula como un miembro que vibra,
como una mano invisible
que nos ilumina por dentro.

Apoyo mis manos en el hueco
para que del muro mane,
como el golpe azul de cien mares,
un fragmento de abismo
y esa resistencia dulce que ofrece
el surco a la semilla.
Brotan la savia de las venas e inunda
mi corazón enardecido;
palpita la tierra,
las cigüeñas levantan el vuelo
y la mirada se tiende agradecida
por la ribera soñada de los ríos.
Yo, por mi parte,
inspiro la vida, contemplo la tarde
y te amo.

Quisiera ser río e inundar
como una vena verde tu regazo.
Quisiera despertar en la tierra
un rumor estridente de alas
y descansar la cabeza
en la ola inmóvil de los cerros.
Quisiera abrirme el pecho
y rellenarlo de estrellas.
Así, cuando muera
seré constelación o hipérbole
en el arco nocturno de tu mirada.

Algo vibra en el ocaso de los atardeceres submarinos
que cuando lo palpo con mi ojos táctiles
me hace sentir fibra de un sauce,
esplendor en la hierba
y hermano gemelo del ala
que acaricia tu piel de espejo dormido.
En las noches de verano
me tumbo en la grama
y fluyo entre las estrellas
como un río blanco abierto de espaldas.
Entonces volteo el cuerpo,
acercó el oído a la tierra y escucho
el grito oscuro de los dientes
y una confusión de cascos que galopan
sobre mis dedos de barro.
Tendido de nuevo boca arriba
entrebros los labios y beso la semilla del trigo
mientras las raíces de los álamos acarician
mis cuencas vacías de mirada.

El tiempo es un templo de esquivas
y un agua mansa que teje
con hilo finísimo
las gárgolas transparentes de los sueños.

Cuando llega la noche
descanso la sienes en los puentes
y dejo que crezca mi sangre
como la vena vegetal de un árbol salvaje.
Cuando llega despacio la noche
apoyo la mejilla en la almohada desnuda
como la playa de las islas donde reposa
la bóveda caliente de lenguas y de besos.
Cuando llega la noche y el tiempo se detiene,
mis ojos se prolongan hacia dentro
sobre un horizonte de racimos y cabezas golpeadas.
Cuando llega en silencio la noche
se vuelven flexibles mis huesos
como tentáculos que buscan en la oscuridad almendrada
los huesos de la aurora.
Cuando llega la noche y la luna cuelga del horizonte
como una calavera amarilla
las manos se me hacen hueco
y el colchón dibuja en los muelles
la curva de tu espalda.

Juan José Cabedo Torres